

APROXIMACION AL ANARQUISMO AMERICANO: EL CASO ARGENTINO.

GONZALO ZARAGOZA RUVIRA

El anarquismo, considerado como ideología y como movimiento revolucionario, ha sido un fenómeno europeo, una reacción frente a los cambios sociales provocados por la revolución industrial y las revoluciones burguesas liberales que —al igual que el socialismo— entronca con la filosofía ilustrada del Antiguo Régimen y se desarrolla en la segunda mitad del siglo XIX. Es decir, el anarquismo representa una actitud de oposición y de revuelta frente a unos procesos históricos concretos acaecidos en un espacio concreto, el europeo. Esa reacción, elaborada con el utillaje intelectual de la época, fue protagonizada por los sectores sociales víctimas de los procesos indicados: en el caso socialista, el proletariado industrial, erigido en agente primario del cambio revolucionario; en el caso anarquista, todos los sectores sociales afectados negativamente por el proceso de modernización.

La difusión del anarquismo en Europa fue desigual, y hacia 1872, fecha en que las tendencias anarquista y socialista se separaron definitivamente en el congreso de la A.I.T. celebrado en La Haya, puede dibujarse ya una Europa de tendencia socialista y una Europa anarquista. Las zonas en que predominó la tendencia libertaria se sitúan en la Europa meridional (Francia, España, Italia) y en Rusia.

Ante este reparto geográfico, la explicación marxista normal alude al escaso e irregular desarrollo económico de esos países y a la imperfecta formación de un proletariado. Sin embargo, deben considerarse otras causas menos simplistas, como son los desajustes político-sociales debidos a la implantación de un estado liberal en países en que la revolución burguesa se había realizado tan sólo en parte. Se ha notado, en esos países, la coexistencia de núcleos obreros industriales y amplios sectores agrícolas tradicionales, siendo frecuente la interacción entre ambos; se ha subrayado también el entronque del anarquismo con algunos movimientos revolucionarios prepolíticos (las revueltas campesinas andaluzas, por ejemplo). Por otra parte, al considerar la trayectoria del anarco-sindicalismo español y francés de comienzos del siglo XX resulta evidente que no se puede ya considerar el anarquismo como otro movimiento utópico pre-socialista y, con ello, relegarlo al olvido¹.

Sin entrar en discusiones teóricas, conviene recordar que el anarquismo unía a una interpretación socio-económica de la realidad y a una ideología revolucionaria, una fuerte dosis de contenido moral y constituía un humanismo que se proponía la educación del hombre para esa sociedad futura que implantaría la Anarquía, al destruir toda autoridad y toda propiedad².

El componente emocional del anarquismo le otorgó un carácter casi religioso y explica que todo militante se propusiera, como indica Anselmo Lorenzo, "extender la ciencia revolucionaria"³ considerada como panacea universal, aplicable no sólo al espacio-tiempo europeo para el que fue elaborada. Y a semejanza de un nuevo cristianismo, la difusión inicial se realizó gracias a grandes "misioneros de la idea": Fanelli en España, Bakunin en Italia, Malatesta en Argentina, etc.

Sin embargo, al referirnos al anarquismo americano, frente a la interpretación de la difusión anarquista por obra y gracia de unos pocos individuos, conviene insertar esa difusión en el hecho fundamental de las emigraciones europeas al nuevo mundo en la segunda mitad del siglo XIX, ya que a través de ellas llegó el anarquismo al continente americano.

El reparto de las migraciones europeas en América fue muy desigual y tres países recibieron el grueso demográfico: Estados Unidos, Brasil y Argentina.

1 Dado el carácter de aproximación que tiene el presente artículo, omito la referencia a las abundantes obras de historia e interpretación del anarquismo escritas por Max Nettlau, Daniel Guérin, Jamel Joll, Woodcock, Roderick Kedward o Eleno Saña.

2 No olvidemos que, frente a las obras de los grandes teóricos del anarquismo (Bakunin, Kropotkin, Faure, etc.) el militante de base se nutría de adaptaciones y divulgaciones aparecidas en sus revistas, que en ocasiones acentuaban el carácter pedagógico y/o sensiblero de la ideología ácrata.

3 ANSELMO LORENZO *El Proletariado Militante* (diversas ediciones). La cita, en pg. 43 de la edición de José Alvarez Junco (Alianza Editorial, Madrid, 1974). Madrid (Alianza Editorial), 1974.

En cada uno de ellos hubo una distribución distinta de los grupos nacionales europeos, recibiendo Estados Unidos mayor porcentaje de alemanes e ingleses, Brasil de portugueses, italianos y españoles, y Argentina (con Uruguay como prolongación) de italianos y españoles. Queda así claro que en el trasplante de masas europeas a América los países de predominio anarquista enviaron emigrantes, predominantemente, a la Argentina, Uruguay y Brasil, aunque llegaran anarquistas igualmente a los Estados Unidos⁴.

Junto a esa emigración mayoritaria, por motivos económicos, existió una emigración por causas políticas o ideológicas, cuyo valor cuantitativo es despreciable, pero cuyo valor cualitativo fue alto. Nos referimos, en concreto —en el continente americano— a la huida de Communards parisinos, cantonalistas españoles, socialistas alemanes e internacionalistas y anarquistas de todos los países en el último cuarto del siglo XIX; si bien estos emigrados refuerzan la difusión ideológica revolucionaria, no bastan por sí solos para establecer núcleos permanentes. Sin la existencia de un medio de difusión entre inmigrantes, las semillas lanzadas (Perú o Chile podrían servir de ejemplo) apenas fructifican. Por otra parte, los emigrados por motivos políticos o ideológicos se asentaron generalmente en países donde existían ya núcleos de compatriotas o de correligionarios; los españoles en Cuba o en Argentina; los italianos, en Estados Unidos, Brasil o Argentina. Desgraciadamente, y debido a una mayor facilidad, ha sido más estudiada esta emigración *elitista* que la emigración masiva de militantes españoles e italianos a América⁵.

Considerando, pues, el anarquismo como fenómeno europeo y considerando su difusión como inserta en el movimiento migratorio, debemos preguntarnos si la ideología europea era también aplicable a los países del nuevo mundo. Similitudes con Europa indudablemente existían, puesto que los países americanos estaban englobados en la misma esfera de producción e intercambio capitalistas; gobernaban burguesías liberales surgidas de revoluciones contra el Antiguo Régimen; existía también el "escaso e irregular desarrollo económico" arriba apuntado. Sin embargo, las diferencias con Europa eran importantes: la economía americana —con la parcial excepción

4 V. P.E. BRISSENDEN *The I.W.W.: A Study of American Syndicalism*. Nueva York, 1960.

5 Sobre anarquismo latinoamericano la obra más importante continúa aún inédita. Me refiero al manuscrito de Max Nettlau conservado en el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam ("Geschichte des Anarchismus"). Para el caso argentino, a parte de la obra de Nettlau, destacan los trabajos de Abad de Santillán: *El Movimiento anarquista en la Argentina desde sus orígenes hasta el año 1910*, Buenos Aires, (ed. Argonauta), 1930, F.O.R.A. *Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, Buenos Aires, (ed. Nervio), 1933, entre otros. V. también Gonzalo Zaragoza: *Errico Malatesta y el anarquismo argentino*, *Historiografía y Bibliografía Americanistas*, Sevilla, XVI, 3, diciembre 1972, pgs. 401-424.

de los Estados Unidos— era colonial y el desarrollo económico dependiente, “hacia afuera” (hacia Europa). En segundo lugar, las revoluciones burguesas se realizaron como parte de la lucha de independencia y en muchos casos no alteraron las estructuras sociales anteriores; de ahí que las repúblicas americanas practicasen una democracia mucho más limitada que la europea. Por último, el desarrollo industrial en América no sólo era escaso, sino subsidiario de la economía de explotación colonial.

Para un emigrante español o italiano de ideología anarquista llegado a América, las alternativas de comportamiento que se le presentaban eran tres: o bien “hacer la América” olvidando sus presupuestos revolucionarios, o bien ayudar de algún modo la causa revolucionaria en Europa, o bien intentar su realización en América. La primera alternativa era posible para profesionales y obreros especializados, pero bastante difícil para peones agrícolas o trabajadores sin especializar. La segunda era frecuente, y se explica por el escaso deseo del emigrante de enraizarse en la nueva tierra; también era en ocasiones alentada desde Europa, pues siempre se consideró el viejo continente como el lugar de elección para el estallido de la revolución. La tercera opción, la de los militantes que, consecuentes con sus ideas, intentarían llevarlas a la práctica en su nuevo medio, presenta diversas gradaciones: desarrollar primero un proletariado organizado y militante, integrarse y unirse a los explotados americanos, o lanzarse abiertamente por la vía revolucionaria. Como consta documentalmente que en la segunda mitad del siglo XIX aparecieron en América grupos y asociaciones formados por emigrantes europeos anarquistas, dedicadas a la acción revolucionaria libertaria, ello indica que esos emigrantes al menos eligieron la tercera alternativa.

El anarquismo americano presenta dos modelos diferentes, según la proporción que la población europea inmigrada representara en el total del país, y que ilustran con claridad México y Estados Unidos. En el primer país la economía en el último cuarto del XIX (bajo la dictadura de Porfirio Díaz) era claramente neocolonial; el predominio del sector agrario indígena era abrumador y los inmigrantes europeos, concentrados en el sector secundario, representaban un porcentaje demográfico pequeño. En México cabían dos opciones: un movimiento anarquista circunscrito a los emigrantes blancos, lo que equivalía a un movimiento de la elite obrera —con intereses en ocasiones opuestos a los campesinos— o bien el entronque del anarquismo con los movimientos revolucionarios agrarios pre-políticos: este fue el intento de los hermanos Flores Magón, al apoyar al zapatismo en el curso de la revolución mexicana, ya en el siglo XX.

El caso opuesto lo representan los Estados Unidos, donde la población indígena estaba excluida de la vida nacional y el grueso del proletariado industrial (en los estados del Norte) era de procedencia europea. Dado también que el desarrollo económico del país gozaba de autonomía con

respecto a Europa (a fines del siglo XIX) el movimiento anarquista semejó allí mucho al europeo, aunque careciendo de las conexiones con los movimientos campesinos de aquél. Observamos también otras dos variantes, la diferencia que impone el hecho de que toda la clase trabajadora sea inmigrada, y la existencia de una frontera abierta, donde se podía canalizar el excedente de mano de obra industrial en épocas de recesión, y que servía de válvula de escape permanente, al ser fácil y viable el acceso del inmigrante a la propiedad de la tierra.

Argentina, Uruguay y el sur del Brasil repiten el caso norteamericano, con la diferencia considerable de que en estos países la economía era totalmente dependiente, el desarrollo del sector secundario escaso y subsidiario de la explotación de materias primas exportables, y de que no existía una frontera agrícola, debido al monopolio de las tierras en manos de la burguesía dirigente y a la no existencia de leyes como el “Homestead Act” norteamericano que facilitarían la creación de un campesinado acomodado europeo.

Así, pues, y partiendo de estas consideraciones iniciales, el anarquismo en Argentina, Uruguay y el sur del Brasil presenta estas características: se trata de un anarquismo urbano, sin contactos con las zonas campesinas, de población criolla; por ello, se desarrolla en los sectores industriales y artesanales; el hecho de la emigración dificulta la asimilación inmigrantes—criollos e impone una dicotomía entre clase dirigente y mano de obra; la única posibilidad de ascensión social se halla en la propia promoción personal obrera. En relación con el socialismo, aunque este actuara en las mismas zonas y sobre las mismas personas, el hecho indiscutible es que en el último cuarto del siglo XIX el anarquismo tuvo más aceptación y contó con más militantes que el socialismo.

En esos países pueden distinguirse tres etapas en la historia del anarquismo a partir de 1875, aproximadamente: en la primera el anarquismo coexiste con el socialismo, se confunde con la misma Internacional y plantea reivindicaciones de carácter obrerista; en la segunda etapa predomina la tendencia individualista o terrorista (es la época de la “propaganda por la acción”) y en la tercera el anarquismo vuelve a recuperar su orientación obrerista y sindical, que se plasma en federaciones nacionales como la I.W.W. (*Industrial Workers of the World*) norteamericana de 1905, la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) de 1901 o la FORU (Federación Obrera Regional Uruguay) “de 1905”. En esta tercera etapa el movimiento es atacado, perseguido y, finalmente eliminado por los gobiernos de los países respectivos.

Por su parte el socialismo, paralelo al anarquismo en la primera de las tres etapas indicadas, cobra fuerza en la etapa de auge individualista, reclutando del anarquismo elementos desilusionados por la acción directa. En la tercera

etapa el socialismo adquiere una configuración reformista y moderada y, en general, se integra en el sistema político como partido de oposición legal.

Dejando aparte el problema de la desaparición del anarquismo como movimiento de masas en esos tres países, está claro que, al formar federaciones obreras mayoritarias, el anarquismo constituyó un auténtico peligro para las clases dominantes. Lo cual implica que, aunque nacido en Europa ante unas realidades europeas, la difusión anarquista en América, circunscrita al medio emigrante amenazó la estabilidad aparente de las democracias americanas por socavar sus contradicciones, y debió ser eliminado. El socialismo funcionó con las contradicciones, y no realizó la revolución.

Pasemos ahora a analizar la historia del anarquismo en un país concreto, Argentina, situando en primer lugar las coordenadas en que actúa el movimiento.

En la Argentina del último cuarto del XIX el porcentaje de inmigrantes más considerable se concentró en las ciudades, especialmente en las dos más populosas, Buenos Aires y Rosario: en el distrito federal se afincó el 33 0/0 de todos los recién llegados al país en el periodo 1886-1890, y desde 1887 los extranjeros constituyeron en él más de la mitad de la población total. Los emigrantes superaron a los argentinos en todos los sectores industriales y artesanales: en Buenos Aires en 1887 el 84 0/0 de la mano de obra era extranjera⁶. Tengamos en cuenta que en la economía de exportación neocolonial existen sectores clave, como son el ferrocarril y el sector portuario, que pueden paralizar la vida económica nacional. Por otra parte, los europeos en las ciudades constituyen un sector privilegiado con respecto a los criollos de las zonas rurales y se hallan concentrados en la misma área donde radica el poder político nacional.

La emigración constituyó, pues, el aporte demográfico mayoritario de la zona urbana del país, de modo que, en su interacción con los sectores dominantes, conectados con Europa, una lucha frontal hubiera sido fatídica para esos sectores que, frente a los inmigrantes, se encontraban en franca minoría.

La clase dominantes se esforzó en mantener, durante toda la época, la ilusión del orden democrático republicano pese a ignorar las reivindicaciones obreras, lo cual era posible porque el emigrante, al no nacionalizarse, no se convertía en ciudadano. Llegaron a existir así en Argentina dos estados dentro del estado: los criollos, clase dominante dotada de derechos políticos, y los emigrantes, excluidos de la vida política pero mayoritarios en las grandes ciudades y en los sectores industriales, país "real" que se oponía al "legal".

6 V. GUY BOURDE *Urbanisation et immigration en Amérique Latine*. Buenos Aires, París (ed. Aubier), 1974, p. 224 y JAMES R. SCOBBIÉ *Buenos Aires. Plaza to Suburb 1870-1972*, pgs. 401-424.

Como indica José Luis Romero, "la oligarquía creía representar al país con mayor fidelidad que los advenedizos, apenas consustanciados con él"⁷.

La exclusión del emigrante se verificó no sólo mediante trabas a la nacionalización, sino sobre todo debido a las pocas ventajas que de ella se desprendían (y a alguna carga, como el servicio militar) y al fomento del escapismo y de la situación de emigración perpetua que alentaban los potentes grupos y asociaciones italianos y españoles.

El juego así planteado podía continuar durante cierto tiempo (los hijos de emigrantes nacidos en Argentina eran ya argentinos) si entre los inmigrantes no surgían problemas graves. Caso de que los hubiera, al no existir canales de comunicación ni de participación con la elite dirigente, los problemas podían agravarse y escalar. También ello implica que cualquier movimiento que pretendiera atraer al obrero para llevarlo a la participación electoral podía caer fácilmente en el descrédito: este fué el caso del socialismo. Así, pues, en la Argentina de finales del XIX se marcan dos esferas de acción: la política, reservada a los grupos dirigentes, y la laboral, que no puede utilizar métodos políticos; a falta de ellos la clase trabajadora potenciará los métodos de acción directa.

Para la clase dirigente, la posibilidad de enfrentamiento con la masa obrera era impensable, por ser Argentina un país de promisión carente de la "cuestión social" que asustaba a Europa⁸. Sin embargo, la visión idílica del emigrante próspero ha quedado totalmente desmentida por los estudios de Panettieri y de Spalding, entre otros⁹. Salvando algunos casos individuales de ascensión social —el del presidente de la República Carlos Pellegrini es el más notorio— la gran masa de recién llegados tuvo que soportar sueldos exigüos en constante depreciación, dificultades de alojamiento y condiciones de trabajo tan onerosas como las de Europa¹⁰.

Por ello, si situaciones semejantes habían motivado en Europa una respuesta obrera radical, la misma respuesta es presumible en Argentina, dado

7 JOSE LUIS ROMERO *Las ideas políticas en Argentina* Buenos Aires, (Fondo de Cultura Económica), 1959, pg. 184.

8 Descripciones de la clase dirigente argentina en PEREZ AMUCHASTEGUI *Mentalidades Argentinas (1860-1930)*, Buenos Aires (Eudeba), 1965, pgs. 215-195, y en Pilar de LUSARRETA *Cinco dandys porteños*, Buenos Aires (ed. Kraft), 1943.

9 JOSE RANETTIERI, *Los trabajadores* Buenos Aires (Ed. Jorge Alvarez), 1970. HOBARD SPALDING *La clase trabajadora argentina (documentos para su historia) 1890-1912* Buenos Aires (ed. Galerna), 1970.

10 De 1886 a 1896 el salario medio (obtenido entre 90 oficios) aumentó de 2'80 a 4'35 pesos; el sueldo real, en valor oro, se depreció de 2 a 1'47 pesos. En el mismo periodo el precio del arroz subió en un 133 0/0, el del bife, en un 150 0/0 (JUAN ALVAREZ *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, Buenos Aires, ed. Circulo Militar, 1938, pg. 112).

que —como indicamos— no existía la válvula de escape de la adhesión a la propiedad de las tierras. Pero aún hay más factores que posibilitan la radicalización, una vez perdida la fé en el señuelo de “hacer la América”: el obrero inmigrante es más joven y más emprendedor que el europeo (los más viejos y conformistas quedaron atrás), la población femenina es escasa, existen menos vínculos familiares, tradicionales y religiosos que en Europa, han cortado voluntariamente esos vínculos, y se encuentran rodeados de europeos de otras nacionalidades, que refuerzan los factores indicados. El contrapeso ejercido por las sociedades nacionales o patrióticas y el sindicalismo cristiano fué importante pero no afectó de modo permanente a gran parte de la población obrera.

En cuanto a la trayectoria de la economía nacional, al ser Argentina una colonia europea¹¹ no tenía ninguna capacidad de controlar las crisis o depresiones económicas llegadas del viejo mundo, y su capacidad de reacción ante ellas era limitada. En el último cuarto del siglo, una etapa de aceleración económica se extiende de 1880 a 1889; se inicia luego una segunda, de recesión, de 1890 a 1903. Como gozne entre ambas etapas se sitúa la crisis de 1890 o “crisis Baring” que se tradujo, en el orden político, en una revuelta de la clase media criolla a través de la Unión Cívica Radical¹². Paralela a la evolución económica fue la curva de emigración europea. Si de 1870 a 1880 el porcentaje de retornos a Europa fue alto, y la inmigración neta representó unas 8.500 personas por año, la demanda de mano de obra debida a la prosperidad económica se traduce, en la década de 1880—1890 en una cifra de inmigración neta de 637.667, la cifra más alta del siglo XIX. La depresión económica de la década del 90 se refleja en un descenso de la inmigración (319.882, neto) y en un porcentaje mayor de retornos a Europa¹³.

Estudiemos ahora la evolución del anarquismo argentino dentro de las coordenadas ya esbozadas, en comparación con el socialismo. Las tres etapas por las que atraviesa el movimiento son: una primera, de consolidación de grupos y formación de sociedades obreras anarquistas, que se extiende desde la década del 1870 hasta 1889, año de la partida a Europa de Errico Malatesta

11 Ferns opina que “para Gran Bretaña Argentina (al menos durante los años 1880—1914) fue mas importante que Egipto o la China y quizás, incluso, que la India, como fuente de productos alimenticios y materias primas, como mercado y como lugar donde invertir capitales”. (H.S. FERNS, *Britain's Informal Empire in Argentina, 1806—1914, Past and Present*, 1973, pgs. 60—75; nota en pg. 60.

12 Los datos económicos proceden de ADOLFO DORFMANN *Historia de la industria argentina*. Buenos Aires, (Ed. Solar—HACHETTE), 1970, pags. 202 et seq. Sobre la crisis del 90 v. JUAN BALESTRA *El Noventa. Una evolución política argentina* Buenos Aires (ed. Farina), 1959, LUIS V. SOMMI *La revolución del noventa*, Buenos Aires, (ed. Montegudo), y JOHN E. HODGE *Carlos Pellegrini and The Financial Crisis of 1890*, *Hispanic American Historical Review*, L, Agosto 1970, pgs. 499—523.

13 GUY BOURDE, *op. cit.* pág. 168.

(1853—1931) que residió varios años en Argentina; una segunda, de predominio de grupos españoles individualistas y anti—organizadores, y, a partir de 1895, la “nueva táctica” de acción libertaria dentro del movimiento obrero, etapa que se plasma en la creación de una Federación Obrera de orientación anarquista en 1901.

Aunque ya en 1872 se había constituido en Buenos Aires una sección francesa de la Internacional, fue en la década del 80, de prosperidad económica y llegada masiva de inmigrantes, cuando se consolidaron los grupos socialistas y anarquistas, aún separados por nacionalidades. Entre los primeros, el más significativo fue el “Vorwärts” ligado a la comunidad alemana, y entre los anarquistas el “Círculo Comunista Anarchico”, italiano, creado en 1884. La presencia de Errico Malatesta (1886—1889) ayudó a consolidar posiciones en la sociedades obreras, a limar asperezas con los socialistas y con los individualistas libertarios, y a crear sociedades obreras anarquistas, como la “Sociedad de Obreros Panaderos” fundada en 1888, que sirvió de modelo para muchas otras, como la de albañiles: ambas seguirían siendo bastiones de difusión anarquista¹⁴.

El socialismo aprovechó para su difusión el predominio en el movimiento anarquista de los “grupos de afinidades” individualistas y opuestos a la organización obrera, predominio que siguió a la partida de Malatesta, cuyo órgano propagandístico se llamó *El Perseguido*. En 1890 los socialistas del “Vorwärts” promovieron la celebración del primer 1 de Mayo argentino y la creación de una Federación Obrera de corta vida. En 1894 se fundó el Partido Obrero Internacional, que fue remodelado en 1896 por Juan B. Justo y convertido en un partido reformista y moderado dirigido por elementos criollos de clase media (entre los dirigentes figuraban José Ingenieros y Enrique Dickmann).

Ante la acción revolucionaria los socialistas favorecían las huelgas limitadas y la educación preliminar del proletariado. Los anarquistas, por el contrario, intentaban el cambio total del orden burgués capitalista, y sólo aceptaban las huelgas como “gimnasia revolucionaria”.

Es difícil medir en cifras la difusión del anarquismo y del socialismo, tanto más cuanto que ambos grupos intentaron atribuirse el control de las sociedades obreras no comprometidas. Socialistas y anarquistas se enzarzaron en una polémica constante, y si estos nunca aceptaron la posibilidad de la

14 Para la historia del socialismo argentino, v. entre muchas obras DARDO CUNEO *Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina* Buenos Aires, (ed. Alpe), 1956, JACINTO ODDONNE *Historia del socialismo argentino* Buenos Aires, (ed. La Vanguardia), 1934 y *Gremialismo proletario argentino* Buenos Aires, (ed. La Vanguardia), s. f. Un análisis distinto en José Ratzel *Los marxistas argentinos del 90* Córdoba, (ed. Pasado y Presente), 1970 y GONZALO CARDENAS *Las luchas nacionales contra la dependencia* Buenos Aires, (ed. Galerna), 1970.

lucha política, aquellos consideraron a los libertarios como lumpenproletariado, "elemento disolvente (...) uno de los mayores obstáculos a la organización del proletariado para la lucha obrera"¹⁵.

La distinta actitud ante los problemas obreros puede verse analizando la agitación huelguística de 1896. Los socialistas intentaron aprovechar el descontento general para lograr el triunfo de dos huelgas dirigidas por ellos —la de fideeros y la de constructores de carros— con el objetivo de lograr la jornada laboral de ocho horas. Los anarquistas creyeron que ese descontento podría ser canalizado hacia la declaración de huelga general. Así, en junio de ese año (existían precedentes de 1888, 1894 y 1895) nació una "Convención Obrera" por iniciativa de panaderos, yeseros, albañiles, marmoleros—picapedreros y estivadores de buques, a los que se unieron cinco sociedades obreras más.

Partiendo del reconocimiento de que "las huelgas parciales no dan sino resultados ilusorios" la Convención establecía "la necesidad de la HUELGA GENERAL DE TODAS LAS ARTES Y OFICIOS". Frente a los reglamentos complicados que habían adoptado las federaciones socialistas anteriores, la Convención proponía un mecanismo simple: reuniones periódicas de todos los gremios adheridos para decidir la fecha de la huelga general. En Julio de 1896 las diez sociedades miembros convocaron reunión extraordinaria en el Jardín Pasatiempo, y tan sólo la iniciativa policial impidió el acuerdo de huelga general, de lo que se alegraron los dirigentes socialistas¹⁶.

Sin embargo, pese a la no declaración formal, la huelga casi se generalizó, desde que en Junio abandonaron el trabajo los maquinistas y foguistas del Ferrocarril Central Argentino y los ferrocarrileros de La Plata y otras zonas vecinas; once sociedades obreras de Buenos Aires se unieron a la huelga por solidaridad. En Septiembre se alcanzó la cifra de 15.000 a 25.000 huelguistas, un tercio ferrocarrileros. Sin embargo la huelga fracasó.

En 1896 había decrecido ya el auge de los anti—organizadores en las filas anarquistas, y comenzaban a imponerse los anarquistas favorables a la participación de la vida obrera. Puede hablarse de una "nueva táctica" o de un renacimiento del interés que, gracias a los gremios fundados por militantes en la década del 80, nunca había desaparecido del todo. Ya en 1895 grupos libertarios habían editado el periódico *La Unión Gremial* y convocado reuniones de asociaciones obreras, que elaboraron un "Proyecto de programa de la Federación Obrera" firmado por cinco asociaciones, proyecto que definía la Federación como

15 Cita textual del socialista *La Vanguardia*, Buenos Aires, 3 (15 de enero de 1898).

16 v. *La unión gremial*, 21 (12 Julio de 1896) *Avvenire* 12 (13 de Septiembre de 1896) y *La Vanguardia* 27 (4 de Julio de 1896). Omito la referencia a las historias generales del movimiento obrero argentino (Marotta, Belloni, Casaretto, Baily) que en general repiten los clichés socialistas.

"...la unión de todas las colectividades trabajadoras en un pacto solemne de solidaridad y apoyo mutuo de manera que sin perjudicar la autonomía de cada una de ellas sean todas para una y una para todas en la lucha que deben emprender contra el capital"¹⁷.

La táctica "nueva" quedaba justificada por *La Protesta Humana* (periódico anarquista pro—organizador, de 1897, el de vida más larga del continente americano) ya que "el apoyar a las organizaciones populares de toda clase es consecuencia lógica de nuestras ideas fundamentales"¹⁸. Y en ella ven los argentinos, no el reflejo de desarrollos europeos similares (las *Bourses du Travail* francesas, las propuestas de Malatesta) sino la culminación de la doctrina anarquista tradicional.

Propagandistas de la nueva táctica actúan en los sindicatos existentes, mantienen un "Círculo Internacional de Estudios Sociales" como secretariado oficioso dedicado a "una propaganda activa hecha entre las masas trabajadoras"¹⁹ (en 1889 surge de él la Casa del Pueblo) y editan nuevos órganos de propaganda libertaria: *La Protesta Humana*, *El Obrero Panadero*, *La Questione Sociale*, *El Oprimido*, *La Unión Gremial*, *Avvenire*. A los emigrantes y refugiados llegados de Europa en estos años hay que atribuir parte del éxito de esta etapa difusoria, y entre ellos cabe citar a Pietro Gori (1879—1911) y a Antonio Pellicer Paraire (1851—1916)²⁰.

Al enfocar el anarquismo su acción sobre el movimiento obrero, un choque con el socialismo era inevitable, y ese choque se produjo en 1901, año decisivo para la historia del movimiento obrero argentino.

En Rosario se había creado una federación local libertaria en 1896, pero los intentos a escala nacional, tanto anarquistas como socialistas, fracasados, habían mostrado dos modelos diferentes de organización obrera, el centralismo dirigido socialista, vinculado a un partido, y la descentralización anarquista. En 1901, sin embargo, se creó la primera federación obrera argentina de larga vida, la FOA (luego se llamó FORA) y esta duración se explica porque los delegados anarquistas accedieron a un minimum de estructura federal. Recordemos que el fracaso de los intentos socialistas se había debido a la oposición anarquista; el de las anarquistas, a la misma vaguedad de las cláusulas federales. Del éxito de la Federación de 1901 son responsables,

17 *La unión gremial* 1, (4 de Abril de 1895).

18 *La protesta humana*, 15 (21 de Noviembre de 1897).

19 *La protesta humana*, 4 (1 de Agosto de 1897). Colaboraron también *Avvenire* y *La questione sociale*.

20 Abad de Santillán le llama "impulsor directo del congreso que llevó a la federación obrera", en *La F.O.R.A.* pag. 64. Era primo hermano de Rafael Farga Pellicer y de 1882 a 1888 estuvo en el comité federal de la Federación Regional Española. V. Biografía escrita por JUAN JOSE MORATO *Líderes del movimiento obrero* (ed. de V. Manuel Arbeloa, ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid 1972, pgs. 163—168).

pues, los anarquistas moderados y, de modo singular, Antonio Pellicer Paraire, quien expuso en las páginas de *La Protesta Humana* a través de doce artículos y con todo lujo de detalles, el esquema organizativo de la vieja Federación Regional Española (presentado al congreso de Londres de 1871) adaptado a la realidad argentina²¹.

Reunidos los representantes de 21 sociedades obreras (de ellas sólo ocho de Buenos Aires) en la "Societá Ligure" (Boca) los días 25 y 26 de Mayo y 1 de Junio de 1901, y en el curso de discusiones acaloradas con los socialistas, la mediación carismática de Gori hizo transigir a los anarquistas y aceptar una federación a escala nacional, pero de carácter tan descentralizado y de corte tan libertario que los delegados socialistas salieron del congreso —como dice su historiador, Oddone— "evidentemente disgustados pero dispuestos a imponerse en la primera oportunidad"²². Esa oportunidad fue el segundo congreso de la FOA en 1902, pero en él la mayoría anarquista impidió el intento de control, y forzó la retirada de todas las sociedades de alianza socialista, es decir, de diez, con 1780 miembros; permanecieron en la FOA quince, con un total de 7630 miembros²³. Más tarde constituirían su propia federación, la UGT.

En Agosto de 1901 el Partido Socialista Obrero Argentino convocó un "mitin de parados". Recibidos algunos manifestantes por el presidente, Julio A. Roca, este les prometió estudiar sus reivindicaciones, lo que el Partido interpretó como espaldarazo oficial, declarando, en las páginas de su órgano *La Vanguardia*

"...el Partido Socialista Argentino ha demostrado que es un *partido de orden* que busca su desenvolvimiento *dentro del ambiente legal* y que se mantiene estrictamente dentro del principio de la lucha de clases, sana y *legalmente* interpretada"²⁴.

Dos años más tarde fue aprobada una nueva ley electoral que permitió, en 1904, la elección del primer diputado socialista argentino (y americano) Alfredo L. Palacios.

Mientras tanto, la huelga de ferrocarrileros del ramal Bahía Blanca—Pringles había estallado y estuvo a punto de provocar un enfrentamiento

21 Así opinan Max Nettlau ("Geschichte des Anarchismus", I.I.H.S., Amsterdam) y Abad de Santillán en *La F.O.R.A.*

22 Oddone, *Gremialismo proletario*, pag. 83. Información detallada sobre la fundación de la F.O.R.A. en Abad de Santillán *La F.O.R.A.* capítulos 1 al 3. Algunos documentos del primer congreso han sido editados por SPALDING en *La clase trabajadora*, págs. 287—289.

23 Abad de Santillán *La F.O.R.A.* pag. 64.

24 *La Vanguardia*, 33 (17 de Agosto de 1901), (subrayado mío), *La protesta humana* 36 (17 de Agosto de 1901), *Avvenire* 155 (15 de Agosto de 1901). Cfr. Dardo Cúneo *Juan B. Justo* págs. 263—264.

armado entre obreros y tropas; sólo pudo evitarse por la mediación de los anarquistas Pietro Gori y Arturo Montesano. La radicalización de la protesta obrera volvió a estallar en octubre en la ciudad de Rosario, debido al asesinato del obrero Budislavich el día 18 por la policía que intentaba cortar una marcha obrera ante la Refinería Argentina. El asesinato provocó un auténtico estallido popular, todo él protagonizado por anarquistas. "Rosario —escribía el líder socialista Adrián Padroni— ha sido hasta ahora el cuartel general de la propaganda anarquista y la influencia que estos ejercen se nota desde que uno descende del tren"²⁵.

Así pues, en 1901 la creación de la FOA demostró el predominio anarquista en el movimiento obrero y la constitución de una federación combativa; los hechos de Rosario y las huelgas de ferrocarriles probaron la capacidad de actuación revolucionaria de ese obrerismo libertario, y, por último, el mitin de desocupados consagró la aceptación del socialismo por el poder público como único interlocutor obrero válido. La democracia argentina había elegido, para poder mantener el juego democrático. El elemento excluido debía ser sacrificado, o simplemente expulsado, ya que, como extranjero, no pertenecía a la colectividad nacional.

25 *La Vanguardia*, 44 (2 de Noviembre de 1901).